

Mozart ha muerto porque esta vez el alma del viejo mono blanco de Barceló ha encontrado el cadáver envuelto en partituras silentes. Barnés y Habermás intentan descifrar las notas postmetafísicas que envuelven los huesos del niño prodigio, pero sólo escuchan la música de un Réquiem apócrifo, que ahora suena por esa Praga helada y sucia de blancos sobre blancos que Malevich había embadurnado ya tapando el graffiti de unos urinarios neoyorquinos donde la palabra MUTT se tradujo en todas las lenguas por *La pintura ha muerto*: la mató el noctívago de Don Diego de Velázquez y Silva; o al menos eso iba contándole Picasso a Matisse la noche que fueron de putas al carrer Aviñó, y volvieron borrachos de maldita absentia repartiéndose los despojos del dibujo para uno y el color para el otro. Todo, jodidos ladrones, menos el blanco que se les escapó hurtado como siempre por Nosferatur seducido: amar para matar, matar para amar. Blanco, sucio Morthewel o, sucio, blanco Tanatos; y entonces lienzo que llega con la niebla del ángel negro que no muere a una Almansa descolorida y triste como el funeral de modernidad bajo palio, y los monaguillos escoltando el ataúd de la locura vestidos con las vanguardias que quisieron cambiar el mundo para perpetuarse, y de las que apenas ha quedado el epitafio que no tuvo la tumba de Viena aquel 5 de diciembre de 1791. Y justo entonces Miguel Barnés, que ha dejado el discurso teórico en el anaquel de la propia memoria, y sus cuadros pasados en los peines de los otros, empieza a pintar guiado por las manos tullidas de un sueño deconstruido. Los paisajes imposibles se hacen entrañas y las entrañas viscerales se hacen caos desde el que volver a construir un tal-vez-un-cuadro, o tal vez nada que no sea mar de azules, y rojo sobre rojo de sangres que hablen de la herida de la pintura, de cómo se puede engañar al ojo, pero nunca a la necesidad, de Mozart putrefacto, del epitafio de W. Benjamin llorando por el Arte antes del suicidio, del espejo narcisista de la no-figuración, y claro ¿Por qué no? De nosotros. Al fin y al cabo somos lo que él pinta. Somos el Réquiem.

Pedro Nuño de la Rosa

Crítico de Arte y Comisario de exposiciones.

Texto del catálogo exposición VINCULOS
Galería STANDART Marbella. 2005